

su divorcio y segundo casamiento, sus amenazas de volver á cruzar los Pirineos se que-
daron en anuncio. Por cierto que en aquellos días, se puso de relieve como nunca la po-
quedad de ánimo de Fernando VII. El huésped de Valencey celebró con fiesta y banque-
tes el enlace de Bonaparte con la hija del emperador Francisco, brindando á la salud de
«nuestros augustos soberanos, el gran Emperador y María Luisa, su augusta esposa». No
satisfecho aun, escribió al Emperador llamándole «su padre, su protector, su sobera-
no», y al propio tiempo, en carta dirigida á Mr. Bartheymy, gobernador de Valencey,
estampaba las siguientes frases: «Lo que ahora ocupa mi atención es para mí objeto del
mayor interés. Mi mayor deseo es ser hijo adoptivo de S. M. el Emperador, nuestro sobe-
rano. Yo me creo merecedor de esa adopción, que verdaderamente haría la felicidad de
mi vida, tanto por mi amor y respeto á la persona de S. M., como por mi sumisión y en-
tera obediencia á sus intenciones y deseos.» Queriendo desconceptuar ante Europa á su
prisionero, Napoleón insertó en el *Monitor*, en el mes de Febrero, las cartas que Fernan-
do le escribiera en Agosto y Septiembre anteriores, felicitándole por las victorias con que
la Providencia coronaba de nuevo su augusta frente, y el hijo de Carlos IV, en vez de
sentirse lastimado de esta publicación, que le llenaba de oprobio, expresó su agradeci-
miento al Emperador por haber revelado al mundo cuales eran sus verdaderos sentimien-
tos, y le reiteró su deseo de que lo aceptase como hijo, pidiéndole por esposa una princesa
francesa de su elección. «Esta unión, añadía, y la publicidad de mi dicha, que dará á co-
nocer á Europa, si V. M. lo permite, podrá ejercer una influencia saludable sobre el des-
tino de las Españas, y quitará á un pueblo ciego y furioso el pretexto de continuar cu-
briendo de sangre á su patria en nombre de un príncipe, el primogénito de su antigua
dinastía, que se ha convertido por un tratado solemne, por su propia elección y por la
más gloriosa de todas las adopciones, en príncipe francés é hijo de V. M. I. y R.» Los es-
pañoles, no pudiendo creer en la autenticidad de estos papeles, los tachaba de apócrifos
é invento de Napoleón. Hubo todavía más de lo que queda dicho. El gobierno inglés quiso
sacar á Fernando de su prisión, encargándose de intentarlo el barón de Kolly, joven tra-
vieso y astuto, que fué á París, provisto de los fondos y credenciales que necesitaba. Des-
cubrióse la trama, y Kolly fué encerrado en Vincennes. En este estado, el ministro de
Policía propuso al preso continuar en su papel é ir á Valencey para sondear el ánimo de
Fernando; negóse el barón á incurrir en tamaña deslealtad, y entonces la policía se valió
de otro sujeto, dándole los papeles de Kolly: el fingido enviado se introdujo en Valencey y
habló con Fernando, el cual no sólo se manifestó irritado de la proposición, sino que puso
el hecho en conocimiento del gobernador Bartheymy.

Era en la Península creencia general, de que participaba Wéllington, que los france-
ses procurarían en primer término llevar sus armas al territorio lusitano, y que aspira-
rían á la ocupación de Valencia para correrse á Andalucía. El rey José pensaba, sin

embargo, que la conquista de esta extensa y fértil región era empresa sumamente fácil;
suponía cansados á los españoles del gobierno de la Junta Central, y confiaba en que la
sumisión de tantas y tan hermosas provincias desalentaría á las restantes, moviéndolas á
deponer su fiera actitud. Resultó de aquí que se decidiera por invadir á Andalucía antes
de dar cima á ninguna otra empresa, proyecto que halagaba á sus compatriotas y espe-
cialmente á Soult, disgustado de Portugal y de los encuentros con los ingleses. Consul-
tado Napoleón, eludió contestar, y su hermano, tomando este silencio por aquiescencia á
sus planes, salió de Madrid el nueve de Enero, dirigiéndose á Andalucía al frente de
setenta mil hombres. El día veinte llegaron los franceses al pie de Sierra-Morena; arro-
llaron los restos del vencido ejército de Areizaga, y atravesaron aquella cordillera por
diferentes puntos. José entró en Córdoba el veintiséis y en Sevilla el primero de Febrero.
En esta última ciudad, cogió el enemigo riquísimo botín, compuesto de doscientos caño-
nes de su magnífica maestranza, de fusiles, tabacos, azogues, de cuanto, en fin, había
dejado en sus fábricas y establecimientos públicos la Junta Central, que huyó á la apro-
ximación de los invasores, citándose sus miembros en la isla de León. Sebastiani se había
apoderado, en el entretanto, de Jaén, Granada y Málaga. José Bonaparte estaba radiante
de júbilo; se imaginaba que era ya rey efectivo de España.

Las noticias que recibió de Cádiz y otros puntos le sacaron de su engaño. Badajoz y
Valencia cerraban sus puertas á los franceses; el duque de Alburquerque, anticipándose
al mariscal Víctor, entraba en Cádiz con nueve mil hombres de tropas excelentes, y la
Junta Central, reunida en la isla de León, resignaba sus poderes en un consejo de regen-
cia, que se manifestó decidido á imprimir nuevo impulso á la guerra. Hacia este tiempo,
infirió Napoleón á los españoles otra afrenta, que hubo de trocar en irenesí la ardiente
indignación de los patriotas. Por decreto expedido el ocho de Febrero, dividió las provin-
cias españolas en siete grandes gobiernos militares, independientes entre sí. Los genera-
les gobernadores concentraban en sus manos todos los poderes civiles, no siendo respon-
sables del uso que hicieran de sus facultades sino ante el Emperador: el mando de
Aragón se dió á Suchet; el de Cataluña, á Augererau; el de Navarra, á Dufour; el de las
Vascongadas, á Thouvenet; el de Burgos, á Dorsenne; el de Valladolid á Kellermann, y,
finalmente, á Soult, el de Andalucía. A José no se le dejó sino el gobierno de Castilla la
Nueva, diciendo él mismo que no era ya más que «el conserje de los hospitales de Madrid»:
el subsidio que su hermano le aprontaba quedó reducido á dos millones mensuales. José,
desvanecidos sus sueños de gloria y muy desazonado, envió á París á sus ministros
Azara y Almenara, á fin de inclinar á Napoleón á revocar sus últimas disposiciones. Este
se limitó á autorizarle para que negociara su reconocimiento con las Cortes de Cádiz
cuando se reuniesen: si el éxito coronaba sus gestiones, el Emperador prometía mantener
la integridad de la monarquía española; en caso contrario, considerándose desligado de

todas sus promesas, atendería exclusivamente á los intereses de Francia. En el decreto de ocho de Febrero, se vislumbraba con claridad su intención de incorporar al Imperio las provincias situadas al Norte del Ebro.

Exasperados nuestros campatriotas, redoblaron sus esfuerzos. Cádiz rechazó en términos dignos y levantados la proposición de rendirse que le hicieron los imperiales, y se preparó á la defensa; multiplicáronse los valientes guerrilleros y los pobladores de los campos y los vecinos de las ciudades corrieron á engrosar las partidas; pues al amor patrio inflamado, se agrehaban para provocar las iras de los españoles, las exacciones de los generales franceses y el robo, el saqueo, los desmanes y violencias á que sus soldados se entregaban. Mina el Mozo en Navarra, Longa en Vizcaya, Porlier en Asturias, Mendizábal en el Alto Aragón, don Julián Sánchez en León, el cura Merino en Castilla la Vieja, el Empecinado y don Juan Palarea (el Médico) en la Nueva, organizaron fuertes guerrillas, que tenían constantemente en jaque al enemigo, interceptaban sus comunicaciones, se apoderaban de sus víveres y le libraban continuos combates. En la lucha sin cuartel que sosteníamos, se cometieron por una y otra parte crueldades y excesos de todo género indisculpables en el invasor, fáciles de comprender y dignos de excusa en los invadidos.

Napoleón no quiso diferir por más tiempo el ataque á Wéllington, á quien obedecían treinta mil ingleses, cuarenta mil portugueses y las milicias del reino. Contra él, pues, marchó Massena, al frente de setenta mil hombres, debiendo únirsele Drouet de Erlon con veinte mil más, y la guardia joven compuesta de otros veinte mil, cubrir sus espaldas. Un decreto de la regencia de Portugal había ordenado á los moradores, sin distinción de edad ni sexo, abandonar sus habitaciones á la aproximación de los franceses. Antes de penetrar en el territorio lusitano, Massena puso sitio á Ciudad-Rodrigo, que hubo de capitular, después de veinticuatro días de espantoso bombardeo. En seguida pasó la frontera y cercó la plaza de Almeida, que lo detuvo ante sus muros desde el veinticuatro de Julio de mil ochocientos diez hasta el veintiséis de Agosto en que debió entregarse. Siguió el ejército francés avanzando, pero hasta el diez y nueve de Septiembre no llegó á Viseo. El veintisiete atacó á Wéllington en Busaco, siendo rechazado con grandes pérdidas; mas el inglés temiendo ser envuelto, se retiró al día siguiente á las líneas de Torres-Vedras. No tardó en presentarse delante de ellas su enemigo, que se quedó absorto contemplando unas fortificaciones de por sí admirables, que ni conocía ni esperaba encontrar. Extendíase dichas líneas entre el Tajo y el mar, y las coronaban escarpadas alturas, con profundos barrancos, empalizadas y erizado todo de cañones. Wéllington había hecho construir estas obras sin revelar á nadie su plan; en el mismo ejército apenas eran conocidos tales trabajos y se ignoraba su objeto. Massena moderó sus ímpetus ante aquel promontorio inexpugnable, estándose quieto, en espera de los refuerzos que se le habían prometido.

Wéllington, impasible, permaneció encerrado en sus líneas, fortificándolas más cada día. Contando ya con fuerzas superiores en número á las de su contrario, abastecido de todo, en medio de un país amigo, con una gran ciudad á su espalda y franco el mar para comunicarse con su patria y con Cádiz, el general inglés no tenía prisa, fiando su triunfo á la paciencia y al tiempo. Massena, en cambio, estaba rodeado de enemigos; los generales y guerrilleros españoles cortaban sus comunicaciones; le escaseaban los medios de subsistencia, y se veía amenazado de frente y hostigado por los flancos. No se movió, á pesar de esto, mientras no agotó los recursos de la comarca y se convenció de que los auxilios no llegaban, y aun entonces no retrogradó sino unas leguas, á Santarem, con la esperanza quizás de atraer á los ingleses, pero Wéllington se limitó á destacar dos divisiones, más en observación que en persecución del enemigo, cuyos proyectos ignoraba. El general Foy fué á París para dar cuenta al Emperador de la situación de Portugal; Napoleón se negó á enviar más refuerzos; pero mandó á Drouet y Soult que socorriesen á Massena, aunque al propio tiempo les hizo algunas recomendaciones que no se avenían muy bien con aquella orden. Drouet se quedó perplejo, y Soult, que sólo buscaba pretextos para no obedecer, pues celoso de Massena rehuía el aumentar su gloria, se contentó con poner sitio á Badajoz. El seis de Marzo de mil ochocientos once, Massena tuvo que comenzar su movimiento de retroceso hacia la frontera española. La retirada fué muy penosa, y en Renha, Ney, sin más fuerzas que una división de caballería y seis cañones, se batió valerosamente durante varias horas contra treinta mil ingleses. El ocho de Abril había cruzado la frontera todo el ejército francés. De las conquistas de los imperiales en Portugal, les quedaba únicamente la plaza de Almeida. Los ingleses la sitiaron; Massena fué en su auxilio, atacando á sus contrarios en Fuentes de Oñoro los días tres y cinco de Mayo; mas no pudo desalojarlos de sus trincheras, y Breinier, que defendía á Almeida, la abandonó haciendo saltar las fortificaciones. Massena fué reemplazado por Marmont en el mando del ejército de Portugal.

Interin se desarrollaban estos acontecimientos en el reino lusitano, peleaban los contendientes con suerte varia en el resto de la Península. Soult entró en Olivenza el veintidós de Enero de mil ochocientos once; el veinticuatro, sostuvo Ballesteros honroso combate con los franceses Gazán y Remoad, en Castillejos, y el nueve de Marzo sorprendió al último en Palma, cogiéndole dos cañones y bastantes prisioneros. Pocos días antes, el cinco del mismo Marzo, en Chiclana, el español Lardizábal y el inglés Graham acometieron con buen éxito al ejército enemigo, que bloqueaba á Cádiz, y que no pudo impedir á los ingleses establecerse en la isla de León; en cambio, el diez y nueve de Febrero, el mariscal Mortier había vencido á Mendizábal en Gévora, y el diez de Marzo capitulaba Badajoz. Beresford había recuperado á Olivenza el quince de Abril y puesto sitio, en seguida á la capital de Extremadura, previo reconocimiento, que practicó el mismo Wéllington. Soult,